

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

Conde de Saint-Simón (2004) Nuevo Cristianismo. Traducción y presentación.

Hernán Díaz. Buenos Aires: Biblos.

Cita:

Hernán Díaz. Buenos Aires: Biblos. (2004). *Conde de Saint-Simón (2004) Nuevo Cristianismo. Traducción y presentación. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/329>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Conde de Saint-Simón (2004) *Nuevo Cristianismo*. Traducción y presentación

Hernán Díaz. Buenos Aires: Biblos.

La Editorial Biblos ha tenido la excelente idea de publicar una nueva traducción del “Nuevo Cristianismo”, un verdadero clásico de Saint-Simón, cuya finalidad, proclamada por el autor en el prefacio, es “retomar el verdadero espíritu del cristianismo”, lo que supone, claro está, que el cristianismo del siglo XIX, en el que escribe Saint-Simón, había perdido dicho espíritu.

Saint-Simón quiere volver a las fuentes del cristianismo, a su mismo fundador, para recuperar el objetivo fundamental que éste se planteó, que, según nuestro autor, es la moral. Ésta se ha perdido en gran parte en las múltiples ceremonias del culto y en el monstruoso desarrollo del dogma, por lo cual se hace necesario “depurar la moral y simplificar el culto y el dogma”, tarea percibida por diversos reformadores religiosos que los llevó por la senda equivocada de la formación de sectas.

El cristianismo consiste en la realización de un solo principio propuesto por su fundador y sintetizado por San Pablo de la siguiente manera, según lo expresa Saint-Simón, al ponerlo como epígrafe de su escrito: “El que ama a los otros ha cumplido la ley (...). Todo se resume en estas palabras: amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Allí está la moral, allí está el cristianismo.

De manera que el único principio que formuló y predicó su divino fundador es el principio de la “fraternidad”, o sea que “los hombres deben tratarse como hermanos unos a otros”. De ese único principio surge todo lo demás. De allí se deriva la necesidad de la unión de todos los pueblos, cosa que predicaron y practicaron los

primeros cristianos y se encuentra formulado en el “Catecismo primitivo” que dividió las acciones en buenas, las que se conforman con el principio divino, y malas, las que lo contradicen.

En esta recuperación del cristianismo no sólo se enfrenta Saint-Simón a sus desviaciones, a la católico-romana o papal, así como a las de las diversas corrientes surgidas en el seno del protestantismo y, tangencialmente, a la ortodoxa griega, sino también a las corrientes filosóficas de la Ilustración, partícipes de la “risa volteriana”. Frente a estas corrientes filosóficas, nuestro autor demuestra que el cristianismo así renovado es “la teoría más elevada que haya sido producida desde hace dieciocho siglos”.

El escrito se formula en forma de diálogo entre un “innovador”, que no es otro que el mismo Saint-Simón y un conservador, en el cual se personifica al cristianismo corrompido en la etapa que va del siglo XIV al XVI. Hasta esa etapa histórica el cristianismo no había perdido su pureza. Al final el conservador se convierte, convencido por las argumentaciones del innovador. Se trata, pues, de un “catecismo” destinado a la propaganda.

El principio formulado por el divino fundador no debe ser aplicado unívocamente en las diversas etapas históricas. Funciona como un dinamizador, un fermento impulsor de una sociedad cada vez más humana, más fraternal y más realizada en todos los ámbitos. En la modernidad la plena realización de una sociedad fraternal requiere desarrollo científico, artístico e industrial, por lo cual recomienda al papa y a los cardenales: “encargad a los sabios, a los artistas y a los industriales un plan general de trabajos a ejecutar para hacer que la posesión territorial de la especie

humana sea la más productiva posible y la más agradable para habitar en todos los aspectos”.

No se trata, en consecuencia, de un cristianismo que prometa la felicidad en el otro mundo, sino que sea un fermento de transformación social. Saint-Simón figura entre los socialistas utópicos que caracteriza Marx en su “Manifiesto del partido comunista”. De hecho, pertenece a la legión de teóricos y militantes del socialismo anteriores a la irrupción de Marx.

Todos esos socialistas etiquetados como “utópicos”, es decir, no científicos, incluyeron siempre a la religión en la versión del “cristianismo primitivo” como un componente esencial de la nueva sociedad. Continuaban, de esa manera, la línea que inicia Rousseau en su confrontación con la vertiente atea de la Ilustración. Para ésta la religión era fruto de la ignorancia oscurantista. La luz de la razón terminaría disipando las niebla religiosa.

Rousseau, en cambio, sostuvo que la religión no sólo no era fruto de la ignorancia, sino que brotaba del mismo ser humano. Si éste penetra en sí mismo, en su conciencia, allí se encuentra con Dios. Lo que sucede es que esta religión pura, predicada por Jesús, según Rousseau, fue bastardeada por el cristianismo posterior que la recubrió de dogmas absurdos.

Para salir de la “sociedad civil”, es decir, del capitalismo naciente, que había corrompido al hombre, transformando su “amor a sí mismo” en “egoísmo”, de donde salen todas las calamidades de la sociedad, propone el contrato social que incluye a la religión como elemento fundamental. Pero no se trata del cristianismo de las iglesias, sino de una religión “civil”, sin dogmas, que una a los ciudadanos como hermanos.

Ello tuvo influencia en Hegel, quien comenzó su formidable periplo filosófico indagando las raíces de la religión popular, por considerar que ésta debía servir para unir interiormente a los ciudadanos. Lamentablemente, el cristianismo había servido para todo lo contrario. Él encontraría finalmente en el luteranismo, con cierta dosis de catolicismo, la versión religiosa que, como componente del espíritu absoluto, impulsaría al pueblo a sus más altas realizaciones.

Saint Simón quiere un nuevo cristianismo que debe impulsar a la sociedad para sus mayores realizaciones. Para ello les aconseja al papa y a los cardenales: “Ahora que la dimensión de nuestro planeta es conocida, encargad a los sabios, a los artistas y a los industriales un plan general de trabajos a ejecutar para hacer que la posesión territorial de la especie humana sea la más productiva posible y la más agradable para habitar en todos los aspectos”.

La combinación de bellas artes, ciencias e industria constituyen el motor de una nueva sociedad planetaria, en la cual, “esta religión rejuvenecida está llamada a organizar todos los pueblos en un estado de paz permanente”. Resuenan aquí ecos de la “paz perpetua” que, según Kant, garantiza la naturaleza.

Saint Simón culmina su propuesta con fuertes críticas a la alianza de los reyes de Prusia, Austria y Rusia para mantener el antiguo régimen en contra del sistema republicano que brotaba de la Revolución Francesa: “Os decís cristianos y fundáis todavía vuestro poder sobre la fuerza física; no sois más que los sucesores del César, y olvidáis que los verdaderos cristianos se proponen como meta final de sus trabajos aniquilar completamente el poder de la espada, el poder del César, que por su naturaleza, es esencialmente provisorio”.

Rubén Dri